



Pbro. Diego Fernando Restrepo Uribe,
Licenciado en Teología Bíblica.
Vicario de Pastoral.

ENCONTRÉMONOS CON CRISTO EN LOS HERMANOS POBRES

Durante los últimos años, nuestro Proceso de Evangelización de la Iglesia Particular (PEIP) ha venido invitando al Pueblo Santo de Dios, que peregrina en la Diócesis de Santa Rosa de Osos, a tener un encuentro auténtico y constante con Cristo, "Sumo Sacerdote de nuestra fe" (Hb 3,1). Nos hemos encontrado con Él a través de su Palabra, en la liturgia vivida en comunidad y este año lo estamos descubriendo en los hermanos más pobres de nuestras comunidades.

No hay duda de que la única razón de ser de la Iglesia es evangelizar y ser evangelizada, transmitir a todos, creyentes y no creyentes, la alegría de la Buena Nueva de la salvación. Desde el comienzo de la Iglesia los primeros discípulos del Señor Resucitado dedicaron toda su vida y sus esfuerzos para que el Evangelio de la salvación fuera conocido y acogido hasta en los confines del mundo (Hch 1,8). Esta Buena Nueva ha resonado en todos los ámbitos de la vida de la Iglesia y de la sociedad, gracias al testimonio siempre eficaz de un sin número de bautizados, ministros y laicos, que se han preocupado por "ser en Cristo" (Gal 3,26-27) y por contagiar la fuerza salvadora de la cruz a tantos hermanos que andan por el mundo "como ovejas que no tienen pastor" (Mt 9,36).

En el Evangelio según San Lucas, Jesús comienza su ministerio público pregonando en la sinagoga de Nazareth que la razón de ser de su actuar, en medio de los hombres y de la historia, no es otra que "anunciar la Buena Noticia a los pobres, la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos y proclamar el año de gracia del Señor" (Lc 5,16-22). El lugar preferido por Jesús para hacer ver

la gran misericordia de Dios fueron siempre los pobres, los últimos, los excluidos, los descartados y los que contaban poco para la sociedad de su tiempo; a tal punto que solo ellos recibieron el título de bienaventurados: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos" (Mt 5,1-12; Lc 6,20-23). Jesús es, sin duda, el Pobre entre los pobres, puesto que "él mismo se hizo pobre" (2Cor 8,9), y en sus "hermanos más pequeños" (Mt 25,40) supo encontrarse con su Padre Celestial, ya que estos tienen siempre al Padre Dios como centro de sus vidas: "Nuestro auxilio está en el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra" (Sal 124,8).

De la misma manera que lo hizo Jesús, la Iglesia del siglo XXI está llamada a ser pobre entre los pobres y a encontrarse con Dios Padre en sus hermanos más pequeños (Mt 25,31-46), en los que, a los ojos de nuestra sociedad materialista, utilitarista y gobernada por la lógica del consu-



mo desenfrenado, valen poco o nada. La Iglesia de hoy está llamada a poner sus ojos en los nuevos pobres de esta sociedad global, acelerada y ávida de poder y de consumo. La Iglesia de hoy no puede ser indiferente ante la desesperación de los migrantes, la impotencia de los pueblos destruidos por la avaricia de los poderosos, los que sufren en soledad ante el drama de la enfermedad, la droga, la prostitución y el desamor.

La Iglesia del siglo XXI tiene que estar en continua actitud de salida, tal como nos lo ha pregonado sin pausa y sin temor el Papa Francisco (2013):

En la Palabra de Dios aparece permanentemente este dinamismo de «salida» que Dios quiere provocar en los creyentes (...) Hoy, en este «id» de Jesús, están presentes los escenarios y los desafíos siempre nuevos de la misión evangelizadora de la Iglesia, y todos somos llamados a esta nueva «salida» misionera. Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio. (EG 20)

La Iglesia del siglo XXI tiene necesariamente que renovar su “opción preferencial por los pobres”, por los nuevos pobres, por los que van por nuestros campos y ciudades vacíos de Dios y de su amor, tratando de dar sentido a sus vidas con tantas cosas que ofrece la sociedad actual, pero que, a la larga, alejan cada vez más de aquel que le da sentido a la vida de todo hombre; bien los decía San Agustín de Hipona, ya en el siglo V: “Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti” (Confesiones I 1, 1). Para que esta “opción preferencial por los pobres” sea auténtica y según el querer del Señor, tiene que estar acompañada de un audaz anuncio del Evangelio a los pobres de hoy; un anuncio sin temores, sin pretensiones mezquinas, sin proselitismos, sin condenas ni señalamientos, sino, por el contrario, cargado de misericordia, de acogida y tocando en las realidades más oscuras y dolorosas de los “hermanos más pequeños” (Mt 25,40) la carne de Cristo que conduce a encontrar en cada uno de ellos el

rostro amoroso y siempre acogedor de nuestro Padre Dios.

Para poder encontrarnos con Cristo en los hermanos pobres, todos los fieles de la Diócesis estamos llamados a descubriarnos pobres, a darnos cuenta de todas las miserias que vamos arrastrando por la vida; solo si asumimos esta actitud podremos percatarnos de los pobres que habitan en nuestros pueblos, en nuestras veredas, en nuestras parroquias, en nuestras familias y en los grupos y estructuras de nuestras comunidades. En este año pastoral 2024 nuestra Diócesis de Santa Rosa de Osos, es decir todos los hijos de Dios que peregrinamos en este territorio, estamos llamados por el Señor a descubrir cuáles son nuestras pobreza, materiales y espirituales, y a darnos cuenta de nuestra propia desnudez; tal como exhorta el Señor Resucitado a la Iglesia de Laodicea:



Tú andas diciendo: Soy rico, estoy lleno de bienes y no me falta nada. Y no sabes que eres desdichado, digno de compasión, pobre, ciego y desnudo. Por eso, te aconsejo: cómprate oro purificado en el fuego para enriquecerte, vestidos blancos para revestirte y cubrir tu vergonzosa desnudez, y un colirio para unguir tus ojos y recobrar la vista. (Ap 3,14-22)

Nuestra Iglesia Particular de Santa Rosa de Osos ha emprendido, en este año pastoral, el camino de la misericordia, de la caridad y de la conversión personal y pastoral. Este camino de misericordia que se patentiza en la fe hecha caridad efectiva para con los últimos de nuestras comunidades, tal como nos lo recuerda el Apóstol Santiago:

¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Acaso esa fe puede salvarlo? ¿De qué sirve si uno de ustedes, al ver a un hermano o una hermana desnudos o sin el alimento necesario, les dice: Vayan en paz, caliéntense y coman, y no les da lo que necesitan para su cuerpo? Lo mismo pasa con la fe: si no va acompañada de las obras, está completamente muerta. (St 2,14-17)

El camino de la conversión, personal y pastoral, se hace concreto en el volver a imprimir vigor y entusiasmo a nuestro proceso evangelizador (PEIP) en las comunidades e instituciones diocesanas, pues la evangelización es la única razón de ser de nuestra Diócesis, y en torno al anuncio del Evangelio deben girar todos sus esfuerzos y propósitos. Esta conversión se hace patente en una opción firme y decidida por renovar nuestras estructuras de comunión y participación, tal como nos lo ha urgido la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos (2023):

La sinodalidad, en la composición y en el funcionamiento de los organismos en las que toma forma, tiene como finalidad la misión. La responsabilidad es para la misión: esto significa que sí se está de verdad reunidos en el nombre de Jesús. Esto arranca a los organismos de participación de involuciones burocráticas y de lógicas mundanas de poder, esto hace fructuoso el reunirse. (18)

Esta conversión que nos está pidiendo la Iglesia hoy se hace efectiva, siendo una Iglesia Particular que promueve la comunión y la participación de todos los bautizados y que es capaz de dar a los laicos el lugar que les corresponde como miembros del “Cuerpo Místico de Cristo” en el que han sido injertados, por el Espíritu Santo, en el día de su bautismo. Caminamos hacia la conversión cuando construimos parroquias **“comunidad de comunidades”** en las que nacen Pequeñas Comunidades que viven la caridad, escuchan las enseñanzas de los Apóstoles, se dedican a la oración y celebran con autenticidad la fe en Jesucristo (Hch 2,42-47). Nuestra Diócesis tiene que renovar su ideal de vivir la caridad, anunciar el Evangelio a todos, aun a los alejados e indiferentes, y de dar a los que permanecen firmes en la fe y aun sienten la Iglesia como su casa y su familia, herramientas para seguir “creciendo hasta la estatura de Cristo” (Ef 4,13) y para alcanzar un auténtico encuentro con el único “Autor y Consumador de nuestra fe” (Hbr 12,2).

Solo acogiendo y haciendo vida estas invitaciones del Señor Jesús y de su Iglesia, podremos, durante este año pastoral 2024, “tender nuestra mano al pobre” (Eclo 7,32a), que nos acerca al Padre de las misericordias y Dios de toda consolación (2Cor 1,3), y poder “ser plenamente bendecidos” (Eclo 7,32b), a través de Cristo, el Pobre entre los pobres.

Referencias

Francisco. (2013). *Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium*. Librería Editrice Vaticana.
<https://goo.su/QynpFi>

San Agustín. (2010). *Confesiones*. Editorial Gredos.

XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos. (2023). *Una Iglesia sinodal en misión. Informe de síntesis*. Secretaria Generalis Synodi.
<https://goo.su/ysfNwc>